

teniente coronel, se puso á la cabeza de estos patriotas y salió al encuentro del invasor.

En Padierna, en Churubusco, en el Molino del Rey peleó el Batallón Independencia. La invasión arrolladora tenía la fuerza de una fatalidad, y García Torres fué rechazado en todos los encuentros, y oprimido por el destre tuvo que retirarse á la capital. El enemigo avanzaba en pos de él. Cuando García Torres le vió penetrar á nuestras calles, sin más elementos para la lucha que su esfuerzo puramente personal, á éste acudió también para diezmar á ese ejército que desde la garita de Belém avanzaba puñaleado y apedreado por la multitud. El fué también de los que hostilizaron al enemigo hasta el último instante. Frenético de ira, provocaba insultando en las calles á la oficialidad americana con la que tuvo cien lances personales de los que salió con honra.

Después de estos amargos reveses consecuencia de tantos años de conmociones intestinas, hubo un momento sólo un momento en que parecía la paz ser la aspiración de todos y el broche que identificaría á los partidos en un interés común. Era presidente á la sazón Don José Joaquín Herrera. García Torres veía en este hombre, la suspirada personificación de la alianza.

Herrera y su Ministro Arista emprendieron la reforma del ejército, é iniciaron un período de economía en los gastos públicos. Estos proyectos fueron secundados en *El Monitor Republicano*, con el ardor y la fé que siempre ha manifestado en la defensa de las buenas ideas.

Desgraciadamente Paredes, el funesto agente de la idea monárquica, se levantó en armas contra el gobierno de Herrera que dejó el poder en manos de Arista, como el legítimo continuador de las benéficas reformas iniciadas bajo la presidencia de aquel.

No es necesario decir, que en esta ocasión el patriotismo de García Torres, contribuyó primero al éxito electoral del nuevo presidente, poniéndose después del lado de una administración tan honrada, tan pura, tan bien intencionada como la del general Arista.

Esta situación débil, por la debilidad del personaje que la representaba se desvaneció poco después ante un nuevo movimiento revolucionario. El ejército despechado fué el autor de esos trastornos. "De la noche á la mañana—dice Don Guillermo Prieto—aparecieron unos papeles en las esquinas anunciando que el Sr. Arista no era presidente y que el mando estaba en las manos de Don Juan B. Ceballos."

El *Monitor* había llegado á caracterizarse

enérgicamente como el órgano del gran partido liberal. Allí tomaban cuerpo las ideas más exaltadas, más audaces del momento. Allí combatieron Payno, Ramírez, Morales Puente y otros patriotas egregios, por el progreso de la República.

"Y todos estos escritores—dice un panegirista—todos esos pensadores se agrupaban en torno de García Torres, quien lleno de inextinguible entusiasmo los alentaba en los desastres políticos, les inspiraba su fe y á su lado no solo era un poderoso centro de unión sino un elemento de resistencia contra la tiranía y un conspirador constante por el triunfo de la buena causa.

En consecuencia el "Monitor" debía ser un periódico anti Santa-Annista por excelencia y la vuelta del huésped de Turbaco preparada ya por todos los elementos conservadores y monarquistas del país, anunciaba un porvenir poco halagador para el órgano de la libertad.

Santa-Anna jugaba con el candor de aquella sociedad que se dejaba mover por un sentimiento de reconciliación y de concordia hacia el proscrito pérfido, en cuyas manos sentaba tan bien la suerte de la República, como precioso tesoro en manos de un salvador.

El golpe de Estado de Ceballos, se anunció con la petición de facultades extraordinarias denegadas pocos días antes al Sr. Arista—como dice Prieto—con tan visible espíritu de Partido. Esta complacencia del gabinete, difundió la indignación y la alarma entre los liberales que esperaban del Sr. Ceballos una política enérgica pero no autocrática. Predispuestos los ánimos, un suceso vino á exaltarlos extraordinariamente. El partido clerical se pronunció contra la Constitución y presentó un proyecto para que se reformase por medio de representantes elegidos *ad hoc*. He aquí como refiere Guillermo Prieto aquella sesión tempestuosa. "El *Monitor* hervía en liberales derrengados ministros recién exclaustrados antagónicos de monseñor Clementi y purería turbulenta que se lanzó á las barbas del Sr. Ceballos y daba tajos y reveses contra clérigos, conservadores y curas y sacristanes. Todo era desorden, la sesión se prolongaba vehementísima, las palabras de los opositores se trasmitían de boca en boca, los aprestos militares comenzaron á hacerse visibles, la junta de jefes del ejército y de *guardia nacional* reunida con el Sr. Ceballos, no dejó duda de que se trataba de una revolución arriesgada, y las voces que corrían acerca de la reunión de los ministros descubrió el intento del golpe de Estado, reconciliando con la opinión á los que no querían participar de

tan tremenda responsabilidad. La sesión de la Cámara se suspendió para continuarla en la noche. Llegó la noche, la sesión continuó turbulenta; por todas partes se notaban aprestos hostiles, la puerta de Palacio cerrada y las guardias reforzadas y con fusil en mano.

La agitación de los diputados era indescriptible. Las puertas interiores se cerraron, y se oyó á lo lejos que la discusión continuaba.

A poco que esto se verificó, se oyó en el corredor el sonido sordo y compasado de la trompa que invadía la Cámara, y después la voz de "descansen," y el golpe uniforme de los fusiles en el suelo.

Al sentir su presencia, diputados, curiosos de fuera de la Cámara, y todo el mundo se arrebató en un vértigo de ira. Varios diputados se pusieron en pie en sus asientos pidiendo la palabra y prorumpiendo en las protestas más enérgicas.

Sobresalía la voz de Villanueva conjurando á los diputados que se hallaban en pie, en grupos ó en alarma, á que no dejasen sus asientos. El Sr. Montes, que presidía la Cámara, pugnaba por reducir al orden al Congreso, cuando tocó la puerta, como diría el Sr. Ocampo, el casero que venía por las llaves. Era en persona D. Tomás Marín. A su vista, los gritos contra la tiranía, las explosiones de furor, no tuvieron límites. El Sr. Montes, en medio de la confusión, dejó su asiento, y aquella acefalía aumentó extraordinariamente el desorden. Don Leon Guzman, con una entereza extraordinaria, con un valor realmente admirable, ocupó la silla presidencial, y trató de restablecer el orden, desafiando frente á frente el peligro.

Villanueva, golpeando la baranda, gritaba:

—¡A reunimos á San Francisco!

Cervantes Oza invitaba para que en su casa fuese la reunión. García Torres, ese impresor de corazón que así pone á un albur sus intereses en estas crisis, como su propia vida cuando se trata de la causa de la Libertad, abriendo sus brazos, torciéndose, gesticulando, exagerado, gritaba:

—¡A mi casa!

El grueso de los diputados se dirigió á San Francisco; otros se instalaron en la casa de Cervantes Oza y algunos en la imprenta de García Torres.

Las puertas de San Francisco estaban cerradas, no fué posible que allí tuviera asilo la representación expulsada, y se refugió en la casa de García Torres, Convento del Espíritu Santo. En el dilatado y angosto salón de aquella casa se organizó la reunión, preparándose la acusación á Ceballos por traición y tratándose de elegir Presidente de la República.

Cuando más ardiente y fervorizada estaba aquella reunión, sacó su faz pálida como la de un cadáver por la puerta del salón, Don Juan Lagarde, Jefe de la Policía, y visiblemente turbado, intimó la orden de que la reunión se disolviese. El Sr. Lagarde se acercó á García Torres y le dijo:

—Dice el señor Presidente que extraña que siendo vd. su amigo, tenga vd. esta reunión.

—Diga vd. que estos señores también son mis amigos, y que yo no cierro las puertas á la Representación Nacional.

Se repitió otra escena de injurias, de provocaciones, de despecho; los diputados se citaron para la casa del Sr. Olaguibel, y por fin se disolvió la reunión.

Al día siguiente se reunieron las Cámaras en la casa del Diputado Francisco Ocampo. Nombró para Presidente de la República á D. Juan Múgica y Osorio. El Gobierno disolvió por fin la Representación, reduciendo á prisión á muchos de sus miembros, y la República quedó como otras veces, á discreción del militarismo.

Heidos en lo más vivo los liberales, compactos con el común peligro, amagados por la facción conservadora, que aunque vacilante al llamamiento de Santa-Anna, se movía con toda la actividad que le comunicaban Haro, Suárez Navarro y otros que eran como los anillos que unían á conservadores y santanistas, formaron juntas, se apoderaron del *Monitor Republicano* y aun quisieron atraerse á Santa-Anna mismo por medio de Lerdo y Basadre, previo un programa lleno de patriotismo formado por Don Isidoro O. Vera, entusiasta federalista, y aunque sombrío y taciturno partidario consecuente y leal.

La revolución que venía desde Jalisco traballando, ebria de inconsecuencia, se inclinaba del lado santanista. *El Universal* se pronunció sin embozo contra las instituciones; *El Siglo*, enemigo del General Arista, conservaba su equilibrio; y *El Monitor*, redactado por Arriaga, Prieto y Florencio del Castillo, acogía los escritos de Valente Baz contra Monseñor Clementi, y convirtió la redacción en un foco de rebelión federalista.

"Ardía la picesita de la redacción; allí se espaciaba la bísita de Viadas, cuya cólera se parece al delirio, y que con el excelente corazón de un niño, tiene pasiones vehementísimas. Allí los cuadros de costumbres, que en medio de sus iras, forma Valente Baz con alusiones á la crónica escandalosa, sorbiendo tabaco y gesticulando con animación extraordinaria. Allí los alentaba Sabás Iturbide, licenciado guerrillero, silencioso y de pasiones hondísimas, con su bolsa para sus amigos, su

corazón para la libertad, su brazo para la lid en su defensa, su alma para todo lo grande.

Allí venían los escritos del immaculado Melchor Ocampo; allí, en fin, asistía la flor y nata del purismo."

La dictadura entra de lleno en ese sistema de persecuciones y atropellos. Un Consejo formado por Bonilla, Blanco, Tornel y Alamán, mozos de estribo del dictador, difundían para complacerla, la muerte y el terror. Jamás se legisló tanto para oprimir al hombre. Se dieron leyes insidiosas y suspicaces que de hecho castigaban con prisión una mirada, con destierro una palabra, y de muerte una sospecha.....

Ramírez, Prieto y Payno redactores de *Don Simplicio*, fueron arrojados á una cárcel por trastornadores del orden público; y Vicente García Torres, mártir del periodismo liberal, sufrió todas las vejaciones, todas las arbitrariedades de aquel despotismo inicuo y feroz. Era aquella dictadura un vasto bandidaje organizado en poder público.

Bien podía algún poderoso de la situación codiciar los bienes de un propietario, ó deshacerse del enemigo que le estorbaba, ó deshacerse de tener manera de confiscar, desterrar, secuestrar, matar, y entonces el robo, el plagio y el asesinato tomaban el nombre de *sentencias*. García Torres poseía en hipoteca un edificio, que fué convento del Espíritu Santo. Allí se encontraban las oficinas del *Monitor*, mejoradas con una dotación de materiales modernos de impresión. García Torres, que impulsó el arte tipográfico en México hasta donde permitían las condiciones sociales de la época, acababa de importar una magnífica prensa belga, de doble tiro, primera de su clase en el país.

Uno de los primeros cuidados que tuvo el dictador, fué suprimir toda manifestación de libertad y especialmente la libertad de imprenta. *El Monitor* estorbaba al gobierno, porque en este diario "se decía la verdad, y siempre la verdad, sin que pudieran las amenazas imponerle ó un vergonzoso silencio ó una cobarde retractación." El dictador meditó su muerte, y una noche la policía, en comisión de saltadores de imprenta, destrozó cajas, tipos, mesas, dispersó obreros, inutilizó la prensa, arrojando sus destrozos á un patio de la antigua cárcel municipal, hoy prisión de Santiago.

Al mismo tiempo otra comisión de policía, la de plagiarios, sorprendía la habitación del director del periódico, difundiendo el terror y la consternación en la familia. Allí á la puerta de la casa le esperaban otros hombres negros, que le montaron en mal recin. Partió,

escortado por bandidos, dejando aquel hogar donde la esposa sollozaba, y un niño loco de espanto llamaba entre las sombras á su padre. Todo fué confiscado, pasando el edificio á poder de los Padres Paulinos.

Días de zozobra y angustia, fueron los empleados por la familia en averiguar qué había sido de Don Vicente. Al fin..... llegó á saberse que estaba á muchas leguas de distancia, en Ramos Arizpe, población de uno de los Departamentos fronterizos, bien recordado por la fatídica "Sección de operaciones," vigilado por las autoridades locales, y confinado hasta segunda orden.

Estalló por fin el levantamiento del Sur. Hubiése querido el gobierno prohibir el conocimiento de este suceso por "orden superior," pero los rumores salvando precauciones y reservas, penetraban á la ciudad y corrían de boca en boca, con gran despecho del receloso dictador.

Una mañana se le presentó Lagarde, el Inspector de Policía, con un impreso en la mano. "Señor—le dijo—aquí tiene vd. esto, que he sacado de los papeles de un *desafecto*."

El dictador leyó: "1.º Cesan en el ejercicio del Poder Público D. Antonio López de Santa-Ana y los demás funcionarios que como él hayan desmerecido la confianza de los pueblos."

—¡Bandidos!—exclamó lleno de furor—estrujando el papel. Es necesario—añadió—que nadie lea esta proclama. Luego dió orden para que la correspondencia fuese revisada antes de su entrega, tomando energías medidas á fin de evitar la introducción y circulación de aquel documento.

Confiado en que el peligro quedaba de este modo conjurado, inverecundo y cínico el dictador, hizo publicar que la resolución del Sur era un trastorno de bandidos, que no obedecía á ningún *Plan* político. Y bien, al día siguiente apareció la ciudad inundada de proclamas revolucionarias. Fué aquel mentís como una mano que surgía de la sombra para azotar el rostro del impostor. Allí estaba el PLAN proclamado por la revolución.... El efecto fué mágico en la capital y luego en todo el país..... ¿Pero adónde estaba la mano audaz que así turbaba la vigilancia del Poder?.....

En las altas horas de la noche, soterrados como nihilistas en el fondo de una cueva, frente á una caja de imprenta, alumbrada por un candil que saturaba de carbono el confinado ambiente, trabajaban hasta el amanecer dos personas, de las cuales una de ellas contaba entonces muy pocos años de edad. Un día el joven recibió de D. Francisco de P. Zendejas, recién

llegado del Sur, un original del Plan de Ayutla, que á su vez lo había recibido del General Alvarez, para su reimpresión en esta capital. El joven aceptó con entusiasmo tan difícil comisión; se hundió en el subterráneo con aquella proclama impregnada todavía de ese olor á libertad suriana, emanación de mar y de montañas; y después de algunos días de tenacísimos esfuerzos, la obra quedó concluida. De allí salían cargados de ejemplares los misteriosos trabajadores, deslizando por debajo de las puertas y ventanas, por las claraboyas de Palacio y otros edificios públicos, y hasta por los garitones de los cuarteles, proclamas en profusión, que divulgaban las cláusulas incendiarias de la santa causa.

El hombre era José Vidal Hernández, administrador de la imprenta, muerto después por la libertad, y el joven se llamaba Vicente García Torres (hijo), actual Director del *Monitor Republicano* (1895). *

*

Triunfó la Revolución de Ayutla. El deportado de Ramos Arizpe volvió á la capital, y apareció nuevamente el *Monitor Republicano*. Adoptó entonces la tarea de exponer la opinión en favor de las ideas recién proclamadas, y de las reformas audaces que se venían presentando para el porvenir.

Una vez más, los acontecimientos le obligaron á dejar la pluma para tomar las armas del soldado. Para combatir la reacción, que amenazó á la República con la sublevación de Puebla, D. Vicente padre, alistó un cuerpo de Guardia Nacional con el nombre de "Defensores de la Libertad," mientras el hijo marchaba á la ciudad rebelde formando parte del Estado Mayor del Presidente Comonfort.

El día 22 de Agosto publicó un artículo sensacional en que bajo el título de "El orden constitucional y el bien público," señalaba la impotencia á que quedaría reducido el gobierno con el advenimiento del orden constitucional, pidiendo que el próximo Congreso tuviese el carácter de reformante de la Constitución, y que el Gobierno siguiese usando de facultades extraordinarias.

Este artículo produjo el mayor escándalo en la capital y en los Estados. Quiso atribuirse en este modo de sentir algo de ese per-

* Otro obrero, entonces casi niño, colaboraba con José Vidal Hernández en esas labores ocultas. Era el Sr. Ramón Leyva, que aun vive. Alguna vez fué encarcelado juntamente con Hernández, sufriendo los rigores de la tiranía dominante en aquellos luctuosos días de prueba para todos los liberales.

jurio, de esa deserción con que la necia gritería liberal execró el nombre de Comonfort eclipsando la más hermosa de las figuras de Ayutla, el corazón mejor organizado para la lucha por la patria, el varón en cuyas manos puso la historia las llaves de un nuevo horizonte social por él abierto al porvenir, sobre la ruina estrepitosa del más terrible despotismo; el alma grande de aquella libertad que nació de su ternura, de su exquisita indignación contra la ignominia de ser insensible al yugo.

¡Tú el bueno, el grande, el immaculado; tú que adoptaste la regeneración más fecunda, sorteando innúmeros escollos para salvarla del abismo; tú, que hiciste más hombre al hombre de tu pueblo; tú en la audacia único; en el esfuerzo, prólogo; en la bondad, inmenso, y en el desinterés político, superior mil veces á cuantos gobernantes ha tenido la República. duerme y espera! La juventud que viene, ansiosa de luz dé justicia, disipará esa atmósfera de odios y de pasiones y que ha forjado la execración con que te abrumba, y artífice fiel de la verdad que se levanta restaurará tu gloria con las dispersas ramas que para ceñir su frente, arrebató la intriga á tu laurel caído!

Las inquietudes de un periódico como *El Monitor Republicano*, indican con toda nitidez que la inconformidad hacia la Constitución, no era un criterio eminentemente reaccionario, sino que cabía dentro del partido netamente radical.

"No puede afrontarse la crisis, gobernando con la Constitución"—decían algunos pensadores de la época—y esta verdad fué confirmada después, por sus más decididos partidarios. No fué Juárez por cierto quien gobernó con ella en condiciones parecidas. Para el efecto de conservar el Poder, Comonfort tenía muy cerca el expediente: gobernar como se pueda ó como se quiera, acatando la Ley Fundamental en la región de las fórmulas, que vino á ser la estática convencional de cuantos le han sucedido en el Poder.

El Golpe de Estado es un atentado que políticamente no se puede ni se debe sancionar. Pero no siempre el mejor político es el más patriota ni el más grande de los hombres públicos. Hay algo excepcional en aquel lamentable extravío: ya lo veis desconociendo la Constitución, anulando los trabajos de un poder público, inutilizando el ejercicio de esta parte de la soberanía nacional, y sin embargo ni así aparece el autócrata, el usurpador ó el liberticida. Puede la justiciera historia catear todos los rincones de esta vida pública, explorarla sin disimulo ni reserva, como suele pro-

ceder con gobernantes de mejor fortuna, que llevan en el bagaje de sus glorias, muchas libertades usurpadas al pueblo cuando estuvieron en el Poder.

No fué por el aspecto de la alianza con los conservadores, por donde *El Monitor* consideraba necesaria la reforma á la Carta de 57. La impaciencia del partido clerical, queriendo explotar las disensiones del partido demócrata lo precipitó á la unión y por lo mismo al éxito. Cualesquiera que hayan sido las diferencias suscitadas en el seno de la familia liberal, tan pronto que desaparecieron, como desaparecieron tan luego como el bando conservador adoptó una divisa anti-constitucional, para una lucha que en realidad quería el aniquilamiento de las tendencias progresistas del país. Naturalmente los liberales obedeciendo á un principio común de propia conservación, agrupáronse bajo un solo interés: imponerse á la reacción, y luego, identificados por los mismos reveses, orgullosos de los mismos triunfos, enlazados con los mismos blasones, acabaron por fundirse en un solo color; por lo que cuando la hostilidad de los grupos sociales llega al extremo de la guerra, las ideas se transforman en pasiones, las tendencias se proyectan hasta las exageraciones del principio, y la lucha se empeña de ideal á ideal.

Tal fué la obra de la "Guerra de tres años." Si la Constitución provocaba en el terreno de la práctica objeciones más ó menos fundadas acerca de su aplicación, bien podía en el terreno de la lucha, ser un ideal, y como ideal fué la simbología sublime que arrebató á las masas convocándolas á morir por la libertad. *El Monitor* se abrazó á ella, enarbolándola, como el signo del poder del pueblo, y se convirtió en el "campamento donde se concentraron los republicanos á luchar contra el Ejecutivo infidente y la reacción que había ocupado una gran parte de la Capital." Y allí teníamos, dice un viejo liberal, periódico en que combatir y allí se organizaba la resistencia con la poca fuerza armada que había permanecido fiel á la Constitución. Allí estableció Frías su Cuartel General y de allí y con graves peligros podíamos comunicarnos con Juárez, con Lerdo, con Zarco, Prieto, y los que dirijieron la revolución constitucionalista. Esta sucumbió y consecuencia del triunfo del partido conservador, la prensa constitucionalista sufrió un golpe de muerte. Llenáronse las cárceles de escritores liberales y D. Vicente arrojado á un calabozo inmundito de Santiago, pasó muchas horas sin luz, muchos días sin pan, muchas noches sin sueño, hasta que un pronunciamiento de tantos, vino á franquearle las puertas de la prisión.

Contados fueron los días que en libertad pasó el enérgico director de *El Monitor Republicano*. Un nuevo movimiento llamó al poder á Miramón, quien empezó por desterrar á los más distinguidos escritores del bando enemigo. Esta vez fué deportado con Gallo y Don. Ignacio Cumplido, al presidio de Perote, donde estuvieron á punto de ser fusilados por el bandido español José María Cobos.

Después de algunos meses de prisión, escapó de la fortaleza, pasando á los Estados Unidos, donde se encontraba á la sazón el Sr. D. Miguel Lerdo, con quien volvió á la República, incorporándose al Gobierno Constitucional en Veracruz y tomando parte en la defensa de la plaza amenazada por Miramón.

Allí permaneció hasta el triunfo definitivo de las armas republicanas, volviendo con el gobierno á esta Capital, el 10 de Enero de 1861. Reestablecida la República apareció de nuevo *El Monitor Republicano*. Fué entonces la voz prestigiosa que pidió y sostuvo después las medidas empleadas por el gobierno para la consolidación definitiva de la legislación reformista, y castigo de los principales instigadores de la revolución.

Así transcurrieron los efímeros días de tranquilidad que sucedieron á los sucesos tempestuosos de la guerra de tres años. La desesperación de los vencidos, germinaba en el fondo oprobioso de sus derrotas. La insostenible afrenta de haber caído, produjo en el silencio, la repugnante metamorfosis del odio de partido en traición á la patria, y la tenaz libertad nacida en Acapulco, salvada en Puebla y triunfadora en Cuicuilam, volvió á peligrar, difamada, calumniada por el clericalismo en las Cortes extranjeras.

El Monitor emprendió contra la intervención y el imperio formidable campaña. Al fin, volvió á surgir aquella idea monárquica proclamada por Paredes, contra la cual *El Monitor* había tomado el nombre de *Republicano*. Pero esta vez apareció el pensamiento fatal aliado á una nación extranjera. García Torres, consecuente con el origen de un periódico esencialmente anti-monárquico como el suyo, tenía que sostener hasta el último trazo la bandera republicana, y cuando en la Capital ya no quedaban ni vestigios de Gobierno nacional, todavía el *Monitor* levantaba desesperado su voz, último eco de la República.

Escribían entonces en el *Monitor*, Florencio M. del Castillo, Ignacio Altamirano, Luis G. Ortiz y otros liberales ilustres. Y como toda tiranía, la de los invasores no podía respetar la libertad de imprenta. El día 2 de Agosto una partida de zuaivos aprehendió á Castillo y pocos días después fué conducido á San Juan

de Ulua. Este mártir de la imprenta en México, sufrió como un héroe todos los rigores de la prisión, el destierro, el abandono, la enfermedad y por fin la muerte.

La misma suerte le estaba reservada á D. Vicente García Torres, contra quien se dieron severísimas órdenes. Pudo por fortuna escapar por mucho tiempo oculto, saliendo de su escondite cuando el Imperio había impuesto su dominación en casi todo el país.

Sin duda alguna aquel Director sin periódico, aparecía como una protesta muda pero elocuente de la República fugitiva. Maximiliano veía á estos hombres como remordimientos vivos de su poder. Donde encontraba á un García Torres, implacable, irreductible por el favor político, surgía la visión aterradora de la libertad atropellada y del derecho saugrientamente usurpado.

Un día se presentó el Barón de Kodolich á la extinguida redacción del *Monitor Republicano*, solicitando una entrevista con su antiguo director.

Acudió García Torres. El Barón disertó largo y tendido sobre las ideas liberales del Emperador; dijo que D. José María Ramírez, Suárez Pizarro, Lacunza y otros liberales, habían entrado por fin al gobierno, y acabó por invitar á D. Vicente á publicar de nuevo el *Monitor*.

—Está bien—prorrumpió García Torres—mañana aparecerá de nuevo mi periódico.

—Pero, entendámonos... ¿qué nombre le va vd. á dar al *Monitor*?

—Pues el que tiene: "Monitor Republicano."

—¡¡Republicano!!... Hombre eso no puede ser en pleno imperio, suprima vd. esta palabra... y.....

—Señor Barón, el *Monitor* es republicano y no puede dejar de serlo jamás.

Consolidado el poder legítimo, el Sr. García Torres tornó á su sitio sosteniendo en el *Monitor* su vieja fé, sus inquebrantables creencias democráticas, si nó con el calor de los días pretéritos de odios y venganzas, sí con la respetable tenacidad de un convencido.

Durante la administración de Juárez, el *Monitor* aparece combatiendo contra el Plan de la Noria. Fué partidario de Lerdo, contribuyendo á su elección, aunque no tanto como después á su caída.

—Yo no estaba en México—dice el actual Director del periódico—cuando se inició el Plan de Tuxtepec. Creo que al ponerse el *Monitor* de parte de aquella revolución, rompió irreflexivamente la tradición constitucio-

nalista, favoreciendo al poder militar que vino á sustituir al poder civil.

Cansado por la edad, D. Vicente resignó la dirección del periódico en manos de su hijo, después del triunfo de Tuxtepec. Ya hemos visto como sirvió hasta el último instante en el periódico de que fué insigne fundador. "Y así llegó—dice el Sr. Frías y Soto—á las postrimerías de su vida, sin que los ochenta años que habían pasado sobre aquella noble frente rebajaran sus convicciones ni acordaran su conciencia."

García Torres fué eficazmente ayudado por una esposa enérgica é inteligente, que supo identificarse en ideas con él. La señora Mariana Deriaz, era de Bélgica, país en que germinan las tendencias liberales. Ella fué mártir también, y del inmenso dolor en que se resuelve la conquista del progreso en nuestro país, corresponde á la señora Deriaz una gran parte de sacrificio y de consternación.

García Torres tenía un valor extravagante, desordenado, original.

El memorable Jueves Santo en que D. Juan José Baz avanzó á caballo hasta el atrio de Catedral, destacándose sobre la turba fanática como la visión ecuestre del sacrilegio, D. Vicente, otro *impro*, fué sorprendido en la calle de Letrán por la multitud de la que al grito de "mueran los herejes" salió un brazo armado de puñal que un instante sintió sobre su pecho. Don Vicente esgrimió entonces un bastón de ballena que llevaba en la mano. Aquellos movimientos frenéticos impulsieron á la multitud, que se dispersó asustada dejando el campo al vencedor.

Otra vez llegaba á la redacción en los momentos en que los redactores, por diferencias de ideas políticas habían emprendido descomunal batalla, al mismo tiempo que llegaba un comisario con órdenes de aprehenderlos y embargar la imprenta. Don Vicente llega en esos momentos y ciego de furor, en presencia de este desastre, arrojó bastón y sombrero; puso en orden á los redactores mediante unos cuantos puñetazos dados en firme; puso en dispersión á los agentes de la policía, y á fuerza de golpes arroja de la redacción al comisario con todo y expedientes. Así arregló las cosas Don Vicente, en algunos minutos.

La hazafia más reciente, fué la que en el lenguaje particular de la redacción del *Monitor* es conocida con este nombre: *la de los militares*.

Un día se presentaron á la redacción dos jóvenes y robustos oficiales del Colegio Militar, preguntando por el autor de un artículo que se había publicado la víspera